

Tulio M. Cestero

## Rufino Blanco Fombona

### LA LEYENDA Y EL HOMBRE

OMBRE de bríos, atrevido en sus juicios, de pasiones ardientes, fuerte de ánimo y de músculos, Rufino Blanco Fombona atrae desde su juventud con halo de leyenda (amores, pendencias callejeras, duelos y otros lances de sangre), cuya acentuación he advertido en publicaciones bogotanas, ahora, en la dolorosa ocasión de su muerte, a tal punto, que de ser verídica empujarían a lindes psiquiátricos a tan valiente espíritu y admirable escritor.

No necesita el equívoco, aunque sea pintoresco, de tal leyenda, pues el Diario de su vida, del cual publicó numerosos fragmentos, por veraz y crudo, para sí y para sus prójimos, excede al del propio Benvenuto Cellini, sin duda, porque no acató el consejo de este temperamento terrible que fué su par a cuatro siglos de distancia, y lo inició no después de los cuarenta sino acaso antes de los treinta años de su vida. Y tampoco

la cultivaba, pues no resistía la contradicción ni el claroscuro en las letras ni en las relaciones sociales: así mantenía su verdad o su error, con pluma viril, con garrote a veces, también con el revólver pero frente a frente. Enrique Gómez Carrillo, que fué su amigo y camarada en andanzas parisienses (referidas por Blanco Fombona en ácidas páginas de ese Diario publicadas por el propio Gómez Carrillo sin ira en su «Mercurio de América»), si la maceraba «pro domo sua», y de estar ahora a mi vera me habría repetido el consejo que hubo de darme cuando preparaba mi libro sobre César Borgia: «no mate usted la leyenda».

Conocí a Rufino Blanco Fombona en 1895 en Caracas. Aventajábame en años y en conocimiento del mundo, pues mientras yo realizaba mi primera aventura transmarina y mis primeros pasos literarios, años antes le habían premiado en Juegos Florales de Coro un poema, «Patria»; había participado en la Revolución Legalista acaudillada por el general Joaquín Crespo y al triunfo de ésta fué designado cónsul de Venezuela en Filadelfia, cargo que ejerció por largos meses, hasta que se pidió su retiro, pues una noche que se paseaba con César Zumeta por una de las calles de aquella urbe puritana, tuvo un incidente con un policial (uno de aquellos hercúleos «policeman») y le pegó con una «manopla».

No tenía mucho auge en el Caracas literario de entonces, y en los corrillos de las redacciones y de la plaza de Bolívar, a sus espaldas por supuesto, solíase

malsinar de la frase «el Orinoco, ecuóreo» denonante en verso del poema «Patria», así como de la nueva manera poética de un idilio de osos blancos, «en témpano enorme de hielo», cuyas lenguas describía «coral en culebras», impreso, no recuerdo si en «El Cojo Ilustrado» o en algún diario.

En la casona colonial de su abuelo materno, don Evaristo Fombona, en la Avenida Este, de Madrices a Marrón (según la toponimia caraqueña) solíamos charlar y de allí salió un artículo mío sobre él, acaso el primero en que se propagó su nombre, que envié a varias revistas: a «Las Tres Américas», que editaba don Nicanor Bolet Peraza en New York City; a «Miniaturas», de Felipe Valderrama, en Coro; a «Letras», de Carlos Legard, en Iquique, y a la de Abraham Z. López Penha, en Barranquilla. Rufino Blanco Fombona ponía ya esmero en el idioma. Lo tenía en la sangre, pues su abuelo don Evaristo era español y escritor, miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, y de temple tal, que su nieto ponderaba con el hecho de que siendo español hubiera entroncado por el matrimonio en la familia del Libertador.

En 1896 partí para Nueva York, y Rufino Blanco Fombona para Holanda, como agregado de misión cuyo jefe fué el general Francisco Tosta García, que al regresar, pocos meses después, no trajo un queso de bola, como harían otros, sino un libro sobre aquel país, como hubo de expresarlo, no sin malicia, Vargas Vila en el prólogo de tal libro; y Blanco Fombona, algunas

referencias chistosas de su jefe y la primera emoción de París que vertió en páginas consagradas a Alfredo de Musset.

A fines de 1898 volví a Caracas, con mi libro «Notas y Escorzos» bajo el brazo, uno de cuyos artículos acerca de Rufino Blanco Fombona, y precisamente el día de mi arribo traspuso éste la puerta de «La Rotunda», la ergástula famosa, en donde había pasado algunas semanas. ¿Por qué? El general Ignacio Andrade, sucesor de Crespo en la presidencia de Venezuela, había emprendido la reorganización política, que en su programa electoral denominara la Autonomía de los Estados, o sea la división de las grandes circunscripciones federales para aumentar su número, y había solicitado a Rufino, en su residencia del pueblecito aldeaño de El Valle, en donde «temperaba», como dicen los caraqueños. En el zaguán, Blanco Fombona hubo de tropezar con uno de los edecanes, Ponce de apellido, quien hizo gesto o pronunció palabra de ofensa. «Espérame que ya vuelvo», le replicó Rufino. En la entrevista, el Presidente Andrade le ofreció la secretaría general de uno de los nuevos Estados y la consiguiente diputación en la próxima cámara, que aceptó. Pero al salir, en la propia puerta, cambió con el edecán tantos tiros como tenían en los respectivos revólveres, y fué así como no hubo ni secretaría general ni otro cargo, y sufrió su primera prisión.

En la tarde del mismo día de su liberación, después de un paseo en coche en unión de José Ignacio

Vargas Vila, discurríamos los tres por las avenidas de la plaza de Bolívar, cuando vimos a un hombre que corría por la acera del frente con un gran canasto en la cabeza. Y aquel gran muchacho que era Rufino, rompió a gritarle «ladrón, ladrón». El hombre volvióse increpándole a su vez, pero él, el canasto y los panes que lo llenaban, y que éste, empleado de panadería vecina, conducía, rodaron por tierra al impulso del brazo de Rufino Blanco Fombona, que esgrimía bastón de vera, recia madera rubia.

Acudió la policía, cuyo cuartel estaba también calle por medio de la plaza, a donde condujo al hombre con canasto y panes, y a Rufino con su vera, a quien acompañamos José Ignacio y yo. Pero al verle el general Hipólito Acosta, el obeso jefe de la policía, que lo había libertado esa misma mañana, sin oír la explicación del caso, prorrumpió: «Rufino, otra vez. No; vete para tu casa».

Para entonces la personalidad de Blanco Fombona, audaz, arrogante y díscolo, se destacaba entre los primeros, y Pedro Emilio Coll, el más zahorí acaso de aquella generación, le definía como una fuerza de la naturaleza, y César Zumeta, en boceto lapidario que vale bien una medalla de Pisanello, reproducido luego en su libro «Escrituras y Lecturas», había escrito en elogio de su físico que ante él, como ante el retrato de Mozart adolescente, una princesa exclamaría: «Bella ragazza».

La nueva generación había conquistado la posición del «Cojo Ilustrado», cuyo redactor, Eloy G. González, era uno de los más distinguidos de ella. El director propietario, don José María Irigoyen, que había transformado la modesta revistilla que hiciera la propaganda, originalmente, de la fábrica de cigarrillos «El Cojo», en una de las más valiosas e influyentes publicaciones de nuestro continente, era «gran persona», grave y recto; ejercía su mecenato, sin embargo, entre críticas y bromas afectuosas, pues era como esos frutos cuya corteza áspera encierra pulpa jugosa y suave.

En los talleres de la revista, Herrera Irigoyen editó el primer libro de Rufino Blanco Fombona, «Trovadores y trovas» (prosa y verso). Pues bien, nos citó un día para la entrega del primer volumen. Advertí al entrar en la salita de la dirección que no estaban sobre el escritorio un jarrón de alabastro ni otros objetos lanzables, y cuando a su vez entró Rufino Blanco Fombona y colocó sobre la mesa del redactor su «vera de machete» (así se designaba a tan contundentes bastones cuando tenían forma aplanada), que Herrera Irigoyen se llevó, como impensadamente, al salir a dar órdenes. El jefe de los talleres puso pronto en las manos de Rufino el fresco tomo. Los ojos de éste, relampagueantes, fueron de la cubierta del libro a la mesa en donde debía estar el bastón, encrespado, estupefacto, mientras Herrera Irigoyen rompía el silencio con sonora carcajada. La cubierta del volumen que Blanco Fombona empu-

ñaba en la diestra, todavía sin blandirlo, entre el nombre del autor y el título tenía estampada la cabeza de un burro; pero en seguida apareció otro volumen, que arrancó amplia sonrisa al autor, comprensiva de la broma de Herrera Irigoyen, cuyo recuerdo evocó, después de tantos años, con la más afectuosa simpatía.

En íntima camaradería los tres, Rufino Blanco Fombona, José Ignacio Vargas Vila y yo, compartimos la mesa del restaurante a diario y el vespertino paseo en coche; y José Ignacio Vargas Vila y yo ocupábamos en el mismo hospedaje habitaciones contiguas.

Meses antes hubo una divergencia entre el general Joaquín Crespo, Presidente de la República y el general Tinedo Velasco, presidente del Estado Zulia, expuesta en cartas en los diarios, de cuyos textos, empedrados de letras mayúsculas, decíanse ser autores, de las de Crespo, José María Vargas Vila y de las de Tinedo Velasco, su yerno José Ignacio Vargas Vila, de cuya afición literaria no se conocían otros indicios. Pero un día, como solía hacerlo, entré al cuarto de José Ignacio. No estaba y sobre la mesa que le servía de escritorio pudo advertir cuartillas de su letra con el título «Rufino Blanco Fombona». Días después apareció el artículo en el diario matutino «El Pregonero», el de mayor circulación entonces, con la firma de Darío Monteverde. Y ante la negativa de José Ignacio, le revelé mi indiscreción. Algunos datos íntimos que esmaltaban la semblanza causaron curiosidad en los corrillos literarios, y como a poco publicó el mismo dia-

rio otro artículo, bajo mi nombre, en el mismo tono agridulce, a la curiosidad juntóse el recelo para descubrir el autor y el propósito. Un tercer artículo sobre el poeta Andrés Mata aguzó más la inquisitiva, e intervino entonces Herrera Irigoyen. Como la manera de tales escritos no era conocida, pronto pudo sospecharse a José Ignacio Vargas Vila como el autor. de ahí que Herrera Irigoyen hiciera escribir por Elo y G. González un artículo acerca de José Ignacio Vargas Vila, que también publicóse en «El Pregonero» con la firma de Darío Monteverde. Descubrióse así la incógnita, pues no pudo cargar con la tacha de autobombo, y continuó éste escribiendo la serie de breves semblanzas que «El Cojo Ilustrado» editó en pequeño volumen, con las fotografías del autor y de los sujetos, intitulado «Bustos y medallas». El cual conservo con sincero cariño por aquellos compañeros y por aquellos días de bohemia a veces gaudente y siempre espiritual.

La bella página de Zumeta, que antes he mencionado. contenía excitación al coraje de Rufino Blanco Fombona a buscar los goces de la fortuna y del poder en los fabulosos veneros del Orinoco, deslumbrante miraje que tentó a tantos audaces hombres de presa desde los días de la conquista hispánica. Y en los primeros años del siglo XX, Blanco Fombona, cónsul general en Amsterdam, con pingüe renta, huésped frecuente de París, y turista emocionado de Italia y España, cuyas andanzas románticas y pendencias de hombre del Renacimiento inspiraron magnífica correspondencia de Ru-

bén Darío para «La Nación» de Buenos Aires, luego prólogo del puñado de gemas que engarzó en pulcra edición con el título de «Pequeña ópera lírica».

A poco Rufino Blanco Fombona puso rumbo a «El Dorado»: designado gobernador del distrito que confina entre grandes ríos con el Brasil y Colombia, en donde verdaderos foragidos explotaban la «sarrapia» y a los regnícolas y victimaron a casi todos sus antecesores. Grande aventura que terminó en conjura siniestra y represión sangrienta, que purgó Rufino Blanco Fombona entre hierros por meses en ciudad Bolívar. El relato lo escuché de sus propios labios, una tarde apacible, en tranvía de la Haya, en 1907, a la sazón de la Segunda Conferencia de la Paz. Truculento episodio reseñado en las páginas de más intensa palpitación humana de su Diario. Hazaña cruel de energía y de valor en aquel estupendo escenario. Tuvo que recorrer a caballo, en persecución del jefe de los complotados, el único que se le escapó, en días, trayecto de más de un mes por la vía fluvial. Aquel hombre, le oí, había incitado a sus compañeros a dejarle tranquilo, pues decíales, «hasta ahora nos han mandado a gobernarnos bandidos, pero éste es un bandido inteligente».

No participó Rufino Blanco Fombona, oficialmente, en la Segunda Conferencia de la Paz; pero sí su vehemencia fué parte y no pequeña en la decisión de José Gil Fourtoul, Delegado Plenipotenciario de Venezuela, de capear la orden temeraria del Presidente

Castro de retirarse de la Conferencia, que equivalía, según lo expresaba Blanco Fombona, a «retirarse de la civilización». En aquel sereno ambiente, complaciase en la frecuentación de Santiago Pérez Triana, de Luis María Drago, y de tantos otros eminentes espíritus. También representaba allí a su patria, Cuba, uno de éstos, don Manuel Sanguily, escritor, orador y polemista, erudito y elocuente, conversador tan ameno como infatigable, cuyos trabajos publicados en su revista habanera «Hojas literarias», mucho admiraba Rufino Blanco Fombona. Pidióme que se lo presentara y una tarde fuimos a su residencia del Hotel Kursaal, en la playa de Scheveningen. La visita duró horas, y como de costumbre, don Manuel Sanguily habló solo. A la salida, Rufino, erguido en el atrio del hotel, prorrumpió: «A donde este viejo no vuelvo yo más, que a mí también me gusta hablar».

Una noche le invité a comer en el Restaurante Indio, vecino del Palacio Real, cuya especialidad era el arroz a la Bombay, servido en escudillas negras, de gutapercha, con trocitos de pollo, chicharrones de transparencia casi de hostias, curry y mangochulín. Plato succulento que a Rufino le pareció insuficiente. De ahí que lo acompañáramos con sendos «chateaubriands», y como postres, bananos. Pues bien, a las tres de la madrugada, deambulábamos por las márgenes de los canales, sintiendo la exactitud de la observación de Ramos Mejía en el estudio de la dispepsia del tirano Juan Manuel Rosas: que nadie sabe de lo que es capaz un

pedazo de carne abriéndose paso trabajosamente por el intestino.

En publicaciones bogotanas he leído referencias, una de un duelo de Rufino Blanco Fombona con Enrique Gómez Carrillo y otra de haber terminado la amistad entre ambos, porque Blanco Fombona le rompió a palos la cabeza a Gómez Carrillo que le defendiera a Rubén Darío de despectivo desplante. Jamás supe de tales ocurrencias. No habría Gómez Carrillo asumido tal actitud, pues puso siempre punzantes espinas en sus relaciones con el máximo poeta de América y tampoco habría sufrido tal afrenta. Gómez Carrillo no rehuía los duelos, antes bien los provocaba como propaganda de su personalidad y como esgrimista, se escribió en «Le Temps», en ocasión de un lance de honor en que hirió a su contrincante, que la esgrima de Gómez Carrillo era; «très dangereuse parce que pleine de surprises».

En cuanto a temperamentos disímiles, nunca hubo dos que lo fuesen tanto como el de Rubén Darío, pusilánime, tranquilo, benevolente y el de Rufino Blanco Fombona, impulsivo, batallador e intolerable. Si les separó poco tiempo desavenencia pueril por haber pretendido Blanco Fombona que Rubén Darío, como director (que lo era titular no más) de «Mundial», le apoyara reclamación pecuniaria contra la administración de esa revista, y ante la negativa de Darío, Blanco Fombona dió colérico tal puñetazo en una de las paredes de la habitación en que se encontraban, que el

recuerdo persistió en la imaginación de Rubén, a tal punto, que cuando mucho después, acaso dos años, a fines de 1910, le di la noticia de la próxima llegada de Rufino Blanco Fombona a París, en la misma habitación me repuso: «Nos matará a todos», y señalando la intacta pared agregó: «ahí pegó, ahí pegó», como si en ella estuviese aún la huella del puño. Pero no obstante y además de otras opiniones igualmente acerbadas y apasionadas, las relaciones continuaron cordiales entre ellos y más de una vez nos reunimos complacidos en casa de Rubén Darío, en el N.º 3 de la rue Herschell.

Al comienzo de su largo éxito, en ese año de 1910, Rufino Blanco Fombona emprendió en París una tarea de divulgación bolivariana con la edición tan perspicuamente anotada por él, de las Cartas del Libertador. La guerra mundial le obligó a trasladarse a Madrid en 1914 y allí amplió la ingente empresa publicando las Bibliotecas «Ayacucho» y «Andrés Bello», servicio eminente a las letras y a la personería de la América hispana.

Llegué a Madrid en 1915 como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de mi patria, y con frecuencia nos reuníamos en las residencias respectivas. En una de estas ocasiones, acaso cuando su divergencia confidencial con Francisco García Calderón, por no haber sido fiel la reproducción de algún concepto de la magnífica semblanza que del Libertador trazó el ilustre peruano en su obra «Las Democracias de la

América Latina», en el tomo de la Biblioteca «Ayacucho», «Bolívar juzgado por cinco escritores...», referíme a su desbordante pasión por Bolívar, y me retrucó aludiendo a los provechos pecuniarios con varonil franqueza: «Cómo no he de querer a Bolívar si hace años vivo de él». En ese mismo año, aunque en menor medida, tuve yo experiencia de esa pasión ilimitada, pues no toleraba contradicción, le auto encendía, como en la polémica con los argentinos y le llevaba a modificar conceptos que no creía ajustados a la talla del héroe o a agregar lo que juzgaba omisión, como en mi caso. Corrigió él las pruebas de mi libro «Hombres y piedras» que editó en su biblioteca «Andrés Bello», en el que y en notícula (palabra ésta frecuente en su léxico), sobre visita en Munich al taller del escultor venezolano Eloy Palacios, hice mención de determinado detalle de la maquette del monumento conmemorativo de la batalla de Carabobo exhibida allí, del que era el autor. Rufino hubo de agregarle juicio y cifras acerca de tan glorioso suceso bélico, petulantes en aquella impresión acerca de la influencia de la modelo bávara en las formas de las cuatro figuras de indias que rodeaban la unidad central del monumento.

Un día de los últimos de aquella primavera, visitamos juntos el Real Sitio de Aranjuez; cuyos prados y jardines florecían rútilos lo mismo que las porcelanas de la Casita del Labrador. Almorzamos luego al aire libre y a los postres, mientras saboreábamos sensualistas deliciosas «reinas claudias», Rufino sintió la nos-

talga, la fiera garra del exilio, y evocó la novia, en melancólica paciente espera en la patria, que anhelaba traer a su lado para fundar hogar y perpetuar su sangre en nuevos retoños, antes de que la vejez la enfriase. Apenas dos años después aquel sueño finó en tragedia. La más honda, hasta la entraña de su ser, sin ápice de duda, aunque no alcanzare a reflejar toda su intensidad en el «Cancionero del amor infeliz», como esos terribles dramas submarinos que tan sólo brotan en burbujas en el sereno azul de la superficie.

Volví a encontrarle en Madrid cuando mi segunda Misión en España en 1929, el año triunfal para el hispanoamericanismo con la Exposición de Sevilla, hasta el derrumbe de la monarquía en 1931. Había granjeado Blanco Fombona posición intelectual de magnitud rotunda y con altivez sin par entre los americanos de habla española, y la cual hubo de trascender a la política, luego, merced a la ciudadanía que la carta republicana concediera a los nativos de la América española. Su empresa editorial próspera tenía un fondo de librería que valuaba en el millón de pesetas en proyecto de negociación, de que accidentalmente fui testigo, con la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, y solía pasar temporadas en Francia, con su familia, en finca agrícola que poseía en la región de Burdeos. Pero habíase iniciado ya la enfermedad que acaso lo ha derribado en el más allá. Tenía urea en la sangre, en proporción que le preocupaba y le habían ceñido a régimen estricto, sin carne. Mas un día que le interro-

gué por su salud, me repuso engallándose como en sus más vigorosos días: «He dejado el régimen porque levanté el bastón para pegarle a un hombre y no pude».

Sin embargo, en sus libros y en artículos a menudo insertos en «El Sol» vibraba su pensamiento beligerante, su osadía viril. Así en el breve desgarrado juicio acerca de linda poetisa del Plata, que hubo de transformar su sensual expresión poética por imperativo doméstico. Y en la nota virulenta y crudelísima contra don Ricardo Palma, caso semejante a otro del Renacimiento, entre dos humanistas de Roma, polémica infecciosa y pestilente por años, porque marginara uno de ellos con voz hostil obra del otro. Fué el caso que Manuel González Prada al suceder a don Ricardo Palma en la dirección de la Biblioteca de Lima, reveló en un folleto que su antecesor entreteníase en marginar los libros que recibía con notas críticas, y entre ellos uno de Blanco Fombona, y éste fué implacable siempre para sus émulos, ciertos o imaginarios, en todos los terrenos. Cuantas polémicas sabrosas del género habrá extinguido «non notas» el reciente incendio voraz de esa Biblioteca y acaso también el original de «Las tradiciones en salsa verde», del ático, y en éstas drolático, don Ricardo, que había repartido copias de ellas a colegas y amigos con la veda expresa de publicarlas mientras él viviese.

En 1930 conmemoróse en Madrid el primer centenario de la muerte de Bolívar, con solemne funeral en la iglesia de la Corte, San Francisco el Grande.

Asistió el rey don Alfonso XIII acompañado del Gobierno y los Jefes de Misiones Diplomáticas Americanas. Tronaron en la plazuela contigua los cañones de España por el héroe de América, la personificación más completa del genio hispano en ambas orillas de la Mar Océano, la antigua Tenebrosa. La etiqueta de la Corte había prescrito el uniforme o el frac y condecoraciones para los asistentes. A la salida me encontré con Rufino Blanco Fombona de «smoking». «Le agradezco este acto, me dijo al estrecharnos la mano, al rey». Cuánto implicaba ese homenaje una rectificación en el criterio del monarca de España, no lo pudo saber del todo entonces y acaso tampoco después, Rufino Blanco Fombona. A poco, Alfonso XIII hubo de invitar a los Jefes de Misiones Americanas a una cacería en Río Frío, finca serrana del patrimonio del príncipe de Asturias y el único de mis colegas que asistió a ella, Ricardo Crespo Ordoñez, Ministro del Ecuador, tuvo la ventura de escuchar la confidencia «augusta» (como calificábase lo atigente a Su Majestad), y que sin su venia me permito publicar (pues no sé si lo hizo antes y quizá sin fidelidad a los propios términos en que me la transmitió en Madrid): El rey Alfonso XIII no conceptuaba ya a Bolívar como oficial infidente a la España sino como héroe.

En Montevideo, en noviembre de 1939, fué nuestra última reunión, allí investíamos ambos Misión de E. E. y Ministro Plenipotenciario. Viajaba de Río Janeiro a Buenos Aires y desembarqué en la banda

oriental del Río de la Plata, que extiende el encanto de sus plantíos de rosas hasta el borde de la arenatlántica. Por azar en un café tuve la gratísima sorpresa. Reanudamos las charlas interrumpidas hacía ocho años acerca de tantos compañeros y sucesos. También hablamos de su hijo menor, Hugo, a quien conocí pequeño en Madrid, a la sazón Agregado Civil en la Legación de Venezuela en La Paz, que vendría a prestar servicios a su lado y en cuyo nombre persistía su fervor por el inmortal vate francés.

Ese día congregábanse nuestros colegas en el almuerzo, como cada mes, pero no asistía a ellos Rufino Blanco Fombona. Le constreñían las mallas sutiles del protocolo, y a las veces, magüer los años y la «angina pectoris» que le atenaceaba, resurgía «le viel homme», que pintó Porto Riche, ante la fresca carne venusina o con ira en la palabra en discursos que rompían el molde clásico diplomático o en el brazo agresivo por discrepancias ideológicas. Y cuando nos depedimos expresóme: «Alguien me ha referido que Angel Osorio y Gallardo dice que ya no soy izquierdista. Hazme el favor cuando le veas de afirmarle, de mi parte, que siempre soy hombre de izquierda».

Hombre del Renacimiento, retrató Rubén Darío a Rufino Blanco Fombona: de aquellos temperamentos extraordinarios oscilantes entre la emoción creadora de arte o que arrodilla en la plegaria y el ímpetu que conquista el goce del poder por todos los medios. Hombre que odia a un pueblo como si fuese un solo

individuo, según comentario íntimo de su compatriota Gil Fostoul. Por eso, con atrabilis hubo de prometer tirarse un tiro el día que Estados Unidos tuviese un poeta, negando así categoría a los polluelos que volaban de los remos de águila de Poe o de Walt Whitman en la Gran Democracia; y pluma en ristre acometía a los historiadores y poetas argentinos sólo porque no se inclinaron ante la supremacía de Simón Bolívar.

Pero espontáneo, sincero y animoso, ha debido conciliarse y verdadera pérdida sería que haya muerto antes de reflejarlo en su prosa medular con la realidad del Continente enfocada en su postrer periplo: en el norte el idealismo pragmático de la Unión que vierte su omnipotencia moral y material, en esta hora, para restablecer con el equilibrio del mundo civilizado la dignidad humana. En la emoción de México, cuya cultura profunda y hechicera renuevan constantes la solera hispánica los jugos y el espíritu que mana de los cien dialectos indios de la meseta y la gracia eurítmica de la arquitectura y las danzas mayas en la costa oriente del golfo. Y en el sur: el magnífico empuje del hombre nuevo de la pampa, ese crisol de todas las razas, entre el Andes majestuoso, nieve y fuego, y el estuario «color de león», y en el sortilegio del Brasil que con la urdimbre del ensueño tradicional cumple el portentoso progreso que derramará sus frutos por los cauces unidos del Río de la Plata, el Amazonas y el Orinoco.

Hombre del Mar Caribe, de la propia tierra de Bolívar y con la sangre del Padre de cinco naciones en sus venas, Rufino Blanco Fombona luchó, sufrió y amó a América. El esfuerzo de su vida y su obra escrita, igualmente viriles, han de perdurar en la elación epopéyica de nuestros pueblos.